

Tal escarmiento he de hacer
En la vuestra, que ha de ver
Ese coronado fuerte,
De los hombros dividida
Vuestra cabeza, y sabrán
Como teneis capitan
A quien dar cuenta! ¿Una vida
Quitais, que tanto importaba
Para la paz del Estado?
Hecho fué de mal soldado.
César cuando peleaba,
Aunque de solo el matar
La vitoria procedia,
Que no muriesen queria,
Por tener que perdonar.
Pues ¿cómo vos, cuando á mí
Por ejemplar me teneis
De las piedades que veis,
Las estáis borrando así
Con la crueldad más feroz
Que inventó bárbaro scita?
¿A un general se le quita
La cabeza? Buena voz
Saca un soldado cristiano
De empalar un hombre!—Luego
Le llevad al fuerte.

DON FELIPE.
Ciego

Está de pasión mi hermano;
Aunque la razón le sobra.
Pero es el ruego forzoso.
Señor, pues eres piadoso...

MARQUÉS.
El rigor alientos cobra
Con el ruego, si es testigo
La justicia. Has de advertir
Que el rogarme ha de servir
Para abreviar el castigo.—
Llevalde.

REINOSO.
Obediente estoy
A tu mandamiento justo.

MARQUÉS.
Sepa el Rey que á un hecho injusto
Castigo justo le doy.
(Llevan á Reinoso, quitándole la es-
pada.)

DON FELIPE.
No pido que le perdones,
Mas que adviertas su valor,
Sirviendo al Emperador
En tan arduas ocasiones
Como publica la fama.
Túnez conoció á Reinoso
Por capitan valeroso;
El Bravo Español le llama
Alemania. Pudo ser
Que como el fiero araucano
Con término tan villano,
Porque le sobró el poder,
Mató á Valdivia, su tío...

MARQUÉS.
No, hermano; jamas alcanza

La vitoria la venganza:
Este es el oficio mio.
Pues premio, he de castigar.
Mientras fulmino el proceso,
Esté con seis guardas preso. (Vase.)

REBOLLEDO.
Rogalle será incitar
Su enojo; que está ofendido
Con causa, y dejalle importa;
Que la templanza reporta
El fuego más encendido.

DON FELIPE.
Ver quiero á Caupolican.
(Corre la cortina, y descubren empa-
lado á Caupolican.)

SOLDADO 1.º
Despues de dalle el bautismo,
Se debe la confianza
De su gloria á su martirio.

CAUPOLICAN.
Don Felipe, mucho debo
Al gran Marqués, pues que miro
Que voy por su causa al cielo
Por tan seguro camino.

(Córrese la cortina.)
¡Jesus! No puedo decirte
Más. ¡Jesus! Jesus!

DON FELIPE.
Envidio
Más tu muerte, que pudiera
Tu padre, aunque fuera vivo,
Envidiar hazañas mias.

REBOLLEDO.
Hasta en su muerte se ha visto
Su valor y su prudencia.
(Encubren el cuerpo de Caupolican.)

SOLDADO 1.º
¿En qué ocasion ha podido
Verse más bien que muriendo!
Piadosamente le admiro.

DON FELIPE.
Gualeva, Guacolda, haced
Menor la pena.

GUALEVA.
No asisto
En mí; son mis confusiones
Piedades y desvarios.

GUACOLDA.
Dame la mano, señora.

Salen RENGO y TODOS LOS INDIOS, y
TUCAPEL y UN SOLDADO CRISTIANO; y
por otra parte EL MARQUÉS.

SOLDADO.
Su rendimiento los indios
Desta provincia á tus piés
Ponen.

MARQUÉS.
Por mi rey le admito.

TUCAPEL.
El poder de Arauco todo
Llega á tus plantas rendido,
Capitan el más valiente
Que haciendo lucientes giros
Alcanza á mirar el sol.

RENGO.
En solo tu brazo altivo
Nuestra libertad perdida
Hallará consuelo digno.
Huella este imperio, invencible
Hasta agora.

MARQUÉS.
No imagino,
Valientes caciques, ser
Señor vuestro, sino amigo.
A mi rey solo os rendis,
El príncipe más benigno
Y celebrado que el mundo
Ha respetado y temido.
Yo en su nombre á gobernaros
Me ofrezco, de suerte pio,
Que seréis, para ser suyos,
Dueños de vosotros mismos.
Pedid lo que querais todos.

TUCAPEL.
Yo solo, señor, te pido
Para estos reinos clemencia.

MARQUÉS.
Antes te la he prometido.

RENGO.
Yo á Guacolda por esposa.

MARQUÉS.
¿Gusta Guacolda?

GUACOLDA.
Y recibo
Merced, si mandarlo quieres.

MARQUÉS.
Y ser ofrezco el padrino,
Al uso de mi nación.

QUIDORA.
Vivas mil gloriosos siglos.

MARQUÉS.
A mi hermano don Felipe
Agradezco que acudido
Haya á su sangre tan bien
Como en la ajena se ha visto;
Y á Rebolledo le ofrezco
Que, de mi boca advertido,
Le ha de hacer su majestad
Las mercedes de que es digno;
Sin que me quede soldado
Sin el premio merecido,
Aunque de mí hacienda sea.

REBOLLEDO.
Y aquí Arauco, aquí su invicto
Conquistador tenga fin.
Aunque en la fama infinito.

JUICIOS Y OBSERVACIONES

SOBRE

LAS COMEDIAS DE DON JUAN RUIZ DE ALARCON.

LOS FAVORES DEL MUNDO.

Por *Los favores del mundo* principia la colección de ocho comedias que con el título de *primera parte* publicó DON JUAN RUIZ DE ALARCON en Madrid el año de 1628, teniendo ya concedida la licencia del ordinario desde 14 de febrero de 1622, y la aprobacion del doctor Mira de Amescua desde 29 de enero del propio año; de lo cual es necesario inferir, como se dijo en el prólogo de esta obra, que las ocho composiciones de aquel volumen ya estaban escritas en el año de 1621. Cuando fué trabajada esta que examinamos, no puede con certeza expresarse; pero es de creer que no fuese mucho antes del citado año 1621, pues aunque ella va á la cabeza del tomo, no hubo de colocarla allí su autor por ser primera en el orden cronológico, sino por ser uno de sus mejores y más instructivos dramas, y por tributar además con él un homenaje á la nobleza de su familia. Fin grave y útil, buena y bien dispuesta fábula, dos notabilísimos caracteres y una elocucion magnífica, son las prendas que principalmente distinguen á la primera obra que se lee de nuestro autor en este precioso libro. Manifestar cuán poco duraderas son las alegrías y prosperidades humanas, asunto es cuya alteza y provecho comun está libre de ponerse en tela de juicio. ALARCON, para presentar con verosimilitud en un breve espacio de tiempo grandes alternativas de favor y desgracia, las buscó en la corte y trato de un príncipe notable en la historia por la inconstancia maravillosa de su índole: tanto la eleccion como el desempeño del asunto manifiestan que la comedia de *Los favores del mundo* es obra de un poeta que ya conocia bien el teatro y los hombres. Su accion puede sin violencia referirse al año 1448, cuando el príncipe don Enrique, de veinte y tres años de edad, habiendo estado antes desavenido, se reconcilió con el rey su padre. Hechas estas breves indicaciones sobre lo general de la pieza, pasaremos á las particulares, conforme en la lectura de sus escenas se van presentando.

(Acto 1.º, escena 1.º)

HERNANDO.

¡Lindo lugar!

GARCÍA.

El mejor:

Todos, con él son aldeas.

HERNANDO.

Seis años há que rodeas
Aqueste globo inferior,
Y no vi en su redondez
Hermosura tan extraña.

GARCÍA.

Es corte del rey de España,
Que es decillo de una vez.

Madrid en tiempo de don Juan II principiaba á mejorarse algo; pero no era ni con mucho el mejor pueblo de Castilla, ni podia llamarse corte de España.

Cifrase, si has advertido,
En la de mejor sugeto,
Toda la gala en el peto,
Toda la gracia en el pido.

Retruécano escolástico, propio del tiempo en que ALARCON escribía, pero por dicha no muy comun en sus obras. Harto más vale el agudo epigrama anterior acerca de los edificios que se techan ántes de levantar la fachada, y la redondilla que contiene la graciosa respuesta de la muchacha roja: *¿Cómo estás?—Para aloja.*

(Escenas 3.ª-9.ª)

Nos ha dicho el autor en la escena primera que García Ruiz de Alarcon, su héroe, es valiente, y está ofendido y respirando venganza contra su ofensor; aquí vemos que se encuentra con él, que le vence y que al oírle invocar á la madre del Salvador, le perdona. El carácter de Garci-Ruiz está ya pintado; nada podemos esperar de él en adelante que no sea noble y propio de tan bello principio. El príncipe de Castilla don Enrique, cediendo á la admiracion que le inspira la virtuosa accion de Garci-Ruiz, le colma de honores, despues de haberle colmado de justos elogios. La privanza de Garci-Ruiz tiene el origen más respetable que darse puede: vamos pues á ver cuánto dura.

Al mismo tiempo que se alza al favor del Príncipe se le prepara por mano del amor el primer disgusto, disgusto á la verdad poco temible. Anarda, que se aficiona

desde luego á Garcí-Ruiz, pide al Príncipe que le prenda, temerosa de que, siendo forastero, se ausente de Madrid al punto, y ella no pueda verle. Esta resolución atrevida de Anarda no es un defecto en sí; pero lo es en atención á que Anarda en el resto de la comedia no aparece tan resuelta ni tan artificiosa como aquí, donde su prima, enredadora hasta el exceso despues, hace mejor papel que Anarda. Las dos primas lucen poco entre García, el Príncipe, don Juan, Hernando y don Diego, personajes todos más simpáticos en general que ellas; Julia no sería tolerable hoy en el teatro.

Los dictados de *humanos Joves, hijo de la tierra y honor de Tebas*, parecen al pronto sobrado eruditos para un caballero de la corte de Juan II de Castilla; pero aquella corte abundaba en caballeros literatos y poetas que hacían mucho uso de las alusiones mitológicas. No hay más que recordar aquellos versos del marqués de Santillana:

*Antes el rodante cielo
Tornará manso é quieto,
E será piadoso Aleto
E pavoroso Metelo... etc.*

...Mientras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor.

Si las magníficas quintillas que en la escena ix pone ALARCON en boca del Príncipe estuviesen escritas en idioma extranjero, las sabríamos de memoria todos los españoles y las citaríamos á cada paso. Ya ha dicho Garcí-Ruiz en la escena tercera en ménos palabras casi todo lo que aquí se amplifica; pero el autor necesitaba una ocasión para encarecer con entusiasmo la generosidad de su héroe, y hallándola aquí, la aprovecha con ansia, y con un mismo pensamiento vertido en diversas formas, todas agradables cuando ménos, forma un trozo de elocuencia que no se puede oír sin alzarse del asiento. Hombre que tan abundante, fogosa y felizmente expresaba los afectos nobles del ánimo, noblemente debía sentir.

Pero este trozo no es una declamación pegadiza en que habla el autor lo que no hablaría el personaje de quien se sirve; ALARCON da en lo demás del drama al Príncipe un carácter benigno, que nunca ó solo con breve intervalo se desmiente. Así dice en el acto segundo:

Ménos mi gusto importaba
Que la salud de un vasallo.

Y más adelante:

Sabréis de hoy más de mi piadoso pecho
La condicion: jamás de ajeno daño
Quiero que nazca mi mayor provecho.

Y poco despues le retrata sin lisonja don Juan en estos términos:

...Si miro á tu condicion...
...desconozco el rigor
En quien es la mansedumbre
Naturaleza y costumbre.

Se ve que ALARCON tuvo presentes las buenas cualidades que Diego Enriquez del Castillo atribuye á este rey, desentendiéndose del feo retrato que de él hace su enemigo Alonso de Palencia. Verdad es que el mismo Palencia solo trata mal á don Enrique IV refiriéndose á una época posterior. Enriquez del Castillo afirma que

«era lleno de mucha clemencia, de la crueldad ajeno... acelerado é amansado muy presto; de quien una vez se fiaba, sin sospecha ninguna le daba mando é favor... Jamás deshizo á ninguno que pusiese en prosperidad.» Este, sea ó no el Enrique IV de la historia, es el de ALARCON en esta comedia.

(Escenas 15-20.)

La relacion de Hernando está perfectamente hecha, fácil, clara, oportuna, cómica.

La repulsa que da Anarda al Conde, también está escrita en hermosos versos.

La equivocación del Conde produce muy buen efecto, aunque este personaje hace siempre desairado papel.

En el discurso del acto primero hemos visto que Garcí-Ruiz ha ido experimentando una serie de venturas, en medio de las cuales se trasluce ya el principio de algun fuerte reves, porque en su amor á Anarda tiene dos competidores muy poderosos. Concluye pues oportunamente el acto primero, dejando al espectador preparado á grandes acontecimientos.

(Acto 2.º, escena 2.ª)

¿Cuál á la corte pusiera
Algun poeta, si el caso
Y el lacayo en este paso
De la comedia tuviera!

Varios autores cómicos del siglo xvii conocieron que era inverosímil y repugnante la intervención que el gracioso de las comedias españolas tenía en los negocios graves de su amo. Fray Gabriel Téllez, ó sea el maestro Tirso de Molina, escribe en su comedia célebre, *Amar por señas*, este hermoso diálogo entre un caballero y su sirviente:

DON GABRIEL.

...Montoya,
Ya sabes mi condicion:
Servir y callar.

MONTAYA.

Apelo
Sola esta vez.

DON GABRIEL.

¿Cuándo suelo
Tener yo satisfaccion
De tí ni de otro criado?
¿Comunico yo secretos
Contigo?

MONTAYA.

Muchos discretos
A sus ministros (*servientes*) han dado
Cuenta de cosas más graves,
Cuyo consejo remedia
Imposibles. ¿Qué comedia
Hay, si las de España sabes,
En que el gracioso no tenga
Privanza, contra las leyes,
Con duques, condes y reyes,
Ya venga bien, ya no venga?
¿Qué secreto no le fian?
¿Qué infanta no le da entrada?
¿A qué princesa no agrada?

DON GABRIEL.

Los poetas desvarían
Con esas civilidades,
Pues dando á la pluma prisa,
Por ocasionar la risa
No excusan impropiedades.

ALARCON debía tener convicciones más firmes que sus compañeros, porque ellos, conociendo lo mejor, casi

nunca lo practicaban; ALARCON, al contrario, casi lo practicó siempre.

Por lo demás, en tiempo de don Juan II apenas sería conocido en Castilla el nombre de *comedia*. Ya estaría escrito el primer acto de la *Celestina*, si fué Juan de Mena su autor; pero la crítica de ALARCON visiblemente se dirige al teatro de su tiempo.

(Escena 9.ª)

EL PRÍNCIPE.

Mal hicistes: cuando envío,
Alarcon, á despejar,
Es por bien; no ha de costar
Sangre de vasallo mio.

Llegó el primer sabor de Garcí-Ruiz; pero ¿cuándo? En el momento en que acababa de suponerse con harta razón preferido al Príncipe: situación buena y bien traída, porque consiste en un rasgo del carácter del Príncipe mismo, que nunca falsea; de esto se habló ántes. El lenguaje del hombre nacido para mandar á los demás, se ve perfectamente expresado en esta concisa réplica.

Cerca estaba yo: volver
Y tomar mi parecer.
Quien sirve ha de ser prudente.

(Escena 10.)

¿Fuerte caso, dura ley,
Que haya de ser el privado
Un astrólogo colgado
De los aspectos del Rey!

De estos pensamientos graves, desenvueltos con novedad y sencillez, están llenos, los dramas de Ruiz de ALARCON.

(Escenas 11 y 12.)

En la primera y segunda vez que Anarda se asoma á la reja, muestra y luce ya su verdadero carácter, más amable que artificioso; aquí aparece discreta, noble y firme; su prima, por el contrario, cada vez va perdiendo. La mentira que echa á su tío asegurándole que Anarda quiere al Príncipe, y por lo mismo trata de casarse con un hombre que le consienta conversación con él, está muy bien urdida para el fin que Julia se propone, que es casar á su prima con el desdenado Mauricio, y atraerse despues á Garcí-Ruiz; pero es una calumnia horrible, y las que recaen sobre materia de honor son expuestísimas en el teatro. En el siglo xvii se veían sin extrañeza estas cosas; ya, tan desembozadas á lo ménos, no se toleran.

(Escenas 15 y 17.)

No solían los dramáticos españoles antiguos (y hacían bien) escribir en octavas las escenas de amor; pero aquí nos ofrece ALARCON una escena amorosa en tan difícil metro, superiormente desempeñada. ¡Aquí sí que hace Anarda un papel decoroso y digno! Primero reconviene dulce y cuerdamente á García:

Lo que yo admiro, y en razon no cabe,
Es solo vuestro poco sufrimiento;
Que ¿quién pensara que faltar podía
Gran fortaleza á grande valentía?
Poco al Príncipe amais, oso decillo,
Pues pretendéis servirle sin sufrillo.

(Nótese, entre paréntesis, usado el *irle* y el *illo* en un mismo verso. Y no produce mal efecto porque la poesía exige toda la posible variedad de sonidos.)

Anarda algo despues aconseja con tino:

No os vais, Garcí-Ruiz...
Ved á su alteza; que los hombres buenos
No se ausentan del Rey sin despedirse.

Garcí-Ruiz, no sin doble intención, replica á la dama:

A despedirme dél por vos venía.

La discreta jóven le contesta oportuna:

Yo ¿qué poder del Príncipe tenía?

Desde aquí toma el diálogo mas calor. « Vos amabais ayer á una dama, dice Anarda á García, y ya la abandonais hoy. »

¡Múdase tal varon en un instante,
Y culpa á la fortuna de inconstante!

¡Cuánta agudeza femenil, cuánta ternura hay en la lisonja y en la acusación!

GARCÍA.

Al que muda *con causa* de consejo,
No puede darse nombre de liviano.

ANARDA.

No me satisfagais; que no me quejo.

La gracia de esta salida consiste en que realmente la que debía satisfacer en un caso era la propia Anarda. Conmovido y confuso García á vista de tanto ingenio y tan dulce halago, medio se determina, usando de la forma condicional:

Si como firme os amo...

Anarda no le permite continuar, y le dice:

Si pensara
Que yo de vuestro amor era el objeto,
Ofendida de vos, no os escuchara;
Que la mudanza es falta de respeto.
Quien una vez conmigo se declara...

(Aquí se declara ella, segun la apurada situación lo requiere.)

Tal debe estar del amoroso efeto,
Que por lealtad, honor, premio ó castigo,
Ha de romper, hasta casar conmigo.

Declarada ella, necesita una confirmación explícita de García, y la provoca diciendo:

...Siempre cortesana ley ha sido
Decir lisonjas y alabar la cara;
Si por eso lo haceis, yo más querría
Tosca verdad que falsa cortesía.

García repite que es de todas veras su honesto amor: ¿qué resta que hacer á la dama? Confesar que está pronta á casarse con García; pero ¿con qué prudente reserva!

A ser yo vuestro amor, dichoso estado
Le daba la ocasión á vuestro intento;
Pues para lo que ahora os he llamado
Es para que tratéis mi casamiento
Con el Príncipe.

Puede parecer ambigua la frase; pero aquí no importa que García se lleve un susto. No tarda mucho Anarda en decir:

Yo aborrezco á Mauricio...
Que pues su alteza no ha de ser mi esposo,
Y querer mi deshonra es no quererme,
Es en esta ocasión lance forzoso
Buscar quien pueda honrarme y defenderme.
Por si resiste el Príncipe amoroso,

De vuestra autoridad guise valerme.
Vos persuadidme, y advertid, García,
Que en vuestra voluntad dejo la mía.

¡Qué modo tan bello y hábil de interesar el amor, el orgullo y la caballerosidad de García! Esta escena, aunque con algunos versos duros, es un modelo de gracia. ¡Qué ufano debe quedar Garci-Ruiz! Pero toda su felicidad y ufanía viene á tierra cuando Julia en la siguiente escena le asegura, como ántes á don Diego, que

Por su alteza Anarda muere,
Y como ya el Conde herido
Deste amor está advertido,
Por esposo no lo quiere;
Que á impedir es poderoso
La infamia que Anarda intenta,
Y á quien lo ignore ó consienta
Quiere tener por esposo.

El golpe no puede ser más cruel. Así concluye el acto segundo, habiendo subido el interés á un grado notable.

(Acto 1.º, escena 1.ª)

Consecuente Julia en su plan calumnioso, emplea con don Juan el propio embuste que ha hecho creer á don Diego y á Garci-Ruiz; pero va esto unido con otra circunstancia que la pone en un compromiso nuevo, pues confiesa resueltamente á don Juan que le quiere. La modestia de la dama no es mucha; pero como ALARCON trataba de castigar á Julia, haciéndola al fin de la comedia caer en sus propias redes, dispone que se comprometa aquí tan solemnemente con un hombre de la suposición de don Juan, para que despues no tenga más remedio que darle la mano de buen ó mal talante.

(Escenas 6.ª y 7.ª)

Como el disgusto que Garci-Ruiz ha dado al Príncipe ha sido efecto de una leve imprudencia, que además de ser involuntaria, nacia de un excesivo celo, natural era que se repusiera pronto en la gracia de su señor. Así puntualmente sucede; pero no bien están reconciliados el Príncipe y el caballero, cuando ocurre entre los dos nuevo y harto más grave motivo de rompimiento. Don Juan dice á su amo que Anarda tiene puestos los ojos en Garci-Ruiz; esta ya es ofensa voluntaria, si es Anarda correspondida, porque García sabe los amores del Príncipe; y por tanto el enojo de este es mayor, y el castigo también más recio: Garci-Ruiz es desterrado. Pasada la primera efusión de la cólera, don Juan trata de aplacar á su señor, manifestándose hombre cuerdo por una parte, cuando hace con mucho tino la observación siguiente:

Hasta agora de García
No sabemos si ha pecado.
Julia solo el pensamiento
De Anarda me ha referido;
Pero no que él haya sido
Cómplice de aqueste intento.

Y mostrándose además tan noble como siempre en estos versos:

Ni permitas que Alarcon
Me tenga por falso amigo,
Pues de lo que hablé contig
Vió nacer tu indignacion:
Con que es forzoso entender
Que ingrato y villano soy,
Pues quito tu favor hoy
A quien vida me dió ayer.

Avívase el interés en este pájase, porque vemos que el Príncipe se apacigua, persuadido de que Garci-Ruiz no será amante de Anarda, y tememos, por consecuencia, un revés para los amantes cuando se descubra todo.

(Escena 9.ª)

La enumeración que hace el gracioso de las molestias que se padecen en la corte (no por cierto la de Juan II, sino la de Felipe III ó la de su hijo), abunda en soltura y gracia.

(Escena 15.)

La enredadora Julia está ya próxima á recoger el fruto de sus artificios. Garci-Ruiz piensa mal de Anarda y huye de casarse con ella: es ahora necesario persuadirle que está en el caso de dar la mano á otra por buena compostura. Declárase con García como ántes se declaró con don Juan; pero García no la ama, y así al momento recela que allí hay malicia por medio. ¡Qué diferencia entre la escena de Anarda y García en el acto segundo y esta! Allí todo es ternura y gracia, aquí todo es artificio y duda.

(Escenas 19 y 24.)

Pero pronto vuelven á encontrarse los dos amantes, y nos proporcionan el gusto de oír los dulces acentos de un afecto noble y honrado. Nótese el principio de la escena. Se apea del carruaje Anarda, se encuentra en la calle con un hombre, la puerta de la casa está abierta; sin embargo, la honesta doncella dice con inquietud:

¿Quién es?
¡Hola! Una luz.
GARCÍA.
No des voces.
Alarcon soy.
ANARDA.
¿Vos, señor!
¿Qué queréis?
GARCÍA.
No te alborotes.
ANARDA.
¿De qué, donde vos estáis?

Anarda, á pesar de que asegura lo contrario, se halla confusa y trémula. Es en efecto Garci-Ruiz el que ve; Garci-Ruiz es un virtuoso caballero, pero es de noche, es muy tarde; entre García y Anarda no media una reja. Julia dijo ántes que el Príncipe trataba de enviar á una persona para que llevase á un convento á Anarda, si se negaba á casar con Mauricio: ¿á qué viene pues García, cuando Anarda tiene tantos motivos de susto? Por eso, al propio tiempo que afirma á Garci-Ruiz que nada teme donde él se halle, tira disimuladamente del manto á la criada para que esté á la mira, y llame gente si es menester. Este modo de manifestar con una acción muda, y sin emplear un largo aparte, los temores que en tal coyuntura deben asaltar el ánimo de una virtuosa dama, es un primor delicado que pocas veces ocurre en nuestras comedias antiguas.

De la ingenua respuesta que da Anarda á Garci-Ruiz, y que lleva, como todas sus palabras en este diálogo, el sello de la inocencia y de la verdad, infiere Garci-Ruiz, como ya sospechó poco ántes, que Julia le enga-

ña: sobreviene esta; embózase García; le habla Julia creyendo que es el Príncipe, y sus mentiras quedan averiguadas: por cierto que Garci-Ruiz, pundonoroso siempre, no le dirige la más leve queja. Ni ¿á qué? Ya que es feliz, solo quiere ocuparse en su dicha. Desde este momento Anarda y Garci-Ruiz, inspirados por el amor, cobran ánimo para hacer frente al Príncipe mismo. Bien parece en la dama decir:

Para hacer así las paces
Menester no érades vos.
A Garci-Ruiz la mano
Con vuestra licencia doy.

Pero desagrada el ver que García, con ménos sinceridad que era de esperar de su carácter, contesta:

Al Príncipe, Anarda, debes
Esta mano que te doy;
Porque á no querer su alteza,
No me obligara tu amor.

Demasiado sabe Garci-Ruiz que no es eso lo que el

Príncipe quiere. También es mucha sofistería para Garci-Ruiz lo de que no le ha de negar el Príncipe lo que concede al Conde. Sin embargo, esta réplica lleva una intención cómica de buen efecto en el teatro. Realmente el desenlace es algo defectuoso. Garci-Ruiz debía declarar francamente su amor, arrojando la ira del Príncipe, que le mandaría ir á su tierra, como en efecto se lo manda; pero esta sentencia no había de ser despues revocada, pues Anarda y Garci-Ruiz quedaban mejor separados y en desgracia del Príncipe, que perdonados por él y en la corte. Así también participaba el desenlace de bien y de mal, como participan todos los favores del mundo. Esta comedia, de grave asunto, de buenos caracteres, aunque desagradable el de Julia; de complicada acción, pero que sin violencia cabe en dos días, enriquecida con profundas sentencias, adornada con facilísimos versos, abre ventajosamente la puerta al teatro de ALARCON, y muy de propósito la coloca el autor la primera.

LA INDUSTRIA Y LA SUERTE.

La industria que se ve generalmente empleada en esta comedia no es la buena y legítima con que el hombre honrado se opone á los rigores de la fortuna, sino la intriga mal intencionada del fuerte contra el débil para hacerle más infeliz que le hizo su adversa fortuna. El opulento Arnesto, celoso de don Juan, pobre y desamparado, se vale de mil arbitrios para robarle su amor, único bien que le permite su aciaga estrella: por algun tiempo sirven sus artificios al maligno mercante; despues, cogido en sus redes, él mismo asegura el triunfo de su noble competidor: la suerte aquí es la providencia justa que desbarata las maquinaciones del vicio y recompensa el merecimiento. Bellos son los caracteres de Blanca y don Juan; igualmente bien pintado está el de Arnesto; Agüero y los demás cria-

dos aparecen trazados de mano maestra; don Nuño vale poco; su padre algo más. Sol peca de sobrado desenvuelta y determinada; la resolución que toma al fin del acto 3.º, y que produce un desenlace tan costoso á su honra como á su gusto, no es ciertamente plausible: aquel desenlace á lo Tirso de Molina, sumamente repugnante hoy, era, sin embargo, sufrido á principios del siglo XVII, época en que todavía distaba mucho el arte dramático de la perfección que despues adquirió en España. Toda la comedia está escrita con extraordinaria tersura de estilo; la exposición se hace en dos palabras; abundan en la comedia los lances; pero van desahogadamente dispuestos. Es, en fin, muy de notar la breve pintura que hay de la Alameda de Sevilla y del Prado de Madrid en la escena 10 del acto 2.º

LAS PAREDES OYEN.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

Parece que DON JUAN RUIZ DE ALARCON tomó el asunto de esta comedia de la titulada *El premio del bien hablar* (1); pero, aunque así sea, el modo de desempeñarle es tan diferente, que no admite comparación. Lope compuso una comedia de intriga bien combinada, agradable é interesante; cuando ALARCON se propuso directamente en la suya un fin moral: quiso probar que el maldiciente es odioso en la sociedad, y digno de aprecio y estimación el hombre tolerante y comedido. Estos dos caracteres contrastan maravillosamente. Don Mendo es caballero, galán, discreto y rico; pero tan

mordaz, que no perdona la opinión más respetable; murmura de sus amigos, de sus parientes, de sus amantes; no perdona á la misma á quien ama y solicita para desposarse con ella. Don Juan, al contrario, no ha debido á la naturaleza ninguna gracia personal: es pobre; pero tiene una alma noble y generosa, elogia el mérito ajeno, defiende las prendas y la nobleza de la que adora, aunque no tiene esperanza de poseerla, y pondera el valor y la destreza de su mismo rival. Estos dos personajes, puestos en acción y obrando cada uno conforme á su carácter, producen un efecto admirable y un interés tan sostenido, que prueban el juicio y la inteligencia del poeta. Luce más todavía su talento en el

(1) Téngase presente lo que se dijo en el discurso sobre los caracteres distintivos de las comedias de ALARCON, página XVI.

papel de doña Ana. Ama esta perdidamente á don Mendo y desprecia á don Juan; pero cuando en la escena 18 del acto 1.º, que es una de las más bien imaginadas y más teatrales que pueden presentarse en la escena, oye la maledicencia de su amante y los elogios del que aborrece, no puede contener su indignacion.

DOÑA ANA.

Estoy loca.

CELIA.

¿A este hombre tienes amor?

DOÑA ANA.

El pecho abrasa el furor;
Fuego arrojo por la boca.
¿Posible es que tal oi?
Vil, ¡á quien te quiere infamas!
¡Así tratas á quien amas!

Por la declaracion de Lucrecia en la escena 4.ª del 2.º acto, acaba doña Ana de conocer el carácter de don Mendo; y la pintura que hace Celia de don Juan en la escena 4.ª la inclina á estimarle.

DOÑA ANA.

No niego que desde el dia
Que defenderme le oi,
Tiene ya don Juan en mí
Mejor lugar que solia,
Porque el beneficio cria
Obligacion natural:
Y pues el rigor mortal
Aplacó ya mi desden,
Principio es de querer bien
El dejar de querer mal.

Esta escena es muy agradable; porque el espectador está ya interesado á favor de don Juan, y desea que logre la mano de doña Ana. Oye complacido los elogios de Celia, y quisiera que esforzase tanto su persuasion, que doña Ana quedase rendida inmediatamente. Este sentimiento que se experimenta al leer la comedia, prueba la bondad del carácter de don Juan. El de Celia es tambien digno de elogio, porque no la mueve el interes á favorecerle.

DOÑA ANA.

¿Qué te obliga á que tan mal
Te parezca mi desden?

CELIA.

Tener á quien habla bien
Inclinacion natural;
Y sin ella me obligara
La razon á que lo hiciera.

DOÑA ANA.

Celia, ¡si don Juan tuviera
Mejor talle y mejor cara!

CELIA.

¿Pues cómo! ¿en eso repara
Una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver

DEL SEÑOR DON ALBERTO LISTA.

(Ensayos literarios y críticos. Sevilla, 1844).

ARTÍCULO PRIMERO.

Doña Ana de Contreras, viuda noble, rica y hermosa, es amada de dos caballeros que, si bien iguales en sangre, son muy diferentes en las dotes de naturaleza, fortuna y moralidad. Don Mendo es galan, hacendado,

La hermosura ó gentileza:
Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber; etc.

Las escenas 1.ª, 2.ª, 3.ª y 7.ª del acto 3.º son de las más bellas de la comedia, y en las que manifiesta el autor su talento y su conocimiento del arte. En fin, el desenlace nada deja que desear, pues el maldiciente recibe el castigo de su maledicencia. Ve que don Juan se casa con doña Ana; y cuando acude, para despicarse, á doña Lucrecia y le desdena, queda completamente satisfecho el espectador.

Nada dirémos de la demasiada extension de tiempo y de lugar que se tomó el autor. A nuestros lectores les habrá tal vez sucedido al leerla lo que nos ha sucedido á nosotros, que, olvidados de estos defectos, hemos seguido al poeta hasta el fin de la comedia con el mayor interes y complacencia.

En la escena 5.ª del tercer acto se leen estos versos, que dice Beltran á doña Ana:

En la corte hay un señor,
Que muchas veces oi

Que está malquisto de modo,
Por vicioso en murmurar,
Que si lo vieran quemar,
Diera leña el pueblo todo.

Cuando ALARCON hacia este retrato del imaginario don Mendo, ¿tendria presente al mordaz conde de Villamediana? No me parece inverosímil, porque ademas de ser muy digna de censura la proverbial maledicencia del Conde, se halla un epitafio de ALARCON á la desgraciada muerte del procaz don Juan de Vera Tásis, á quien parece pronosticó su suerte con los versos citados, y aun más con los siguientes:

DON MENDO.

¿Para qué quiero la vida?

CONDE.

Júzgala tambien perdida
Si en hablar no eres más cuerdo.

El epitafio se reduce á esta

DÉCIMA.

Aquí yace un maldiciente
Que hasta de sí dijo mal,
Cuya ceniza inmortal
Sepulcro ocupa decente.
Memoria dejó á la gente
Del bien y del mal vivir;
Con esto vino á morir,
Dando á todos á entender
Cómo pudo un mal hacer
Acabar su mal decir.

(Biblioteca Nacional, est. M, núm. 204; código que fué de la biblioteca de don Blas Antonio Nasarre.)

y correspondido de doña Ana, pero murmurador y maldiciente; don Juan, desairado en el rostro y talle, pobre de bienes y desdeñado de la que ama, es, sin embargo, un modelo de sentimientos generosos, de verdadero amor, de cortesía y afabilidad.

Don Mendo, ántes de enamorarse á doña Ana, habia

querido á Lucrecia, y aun le conservaba algun cariño. Hablaba mal de ella en su ausencia; pero le escribía papeles en que no trataba muy bien á su actual querida. Se ve pues que no era un galan de Calderon. Ni podia serlo. Un hombre maldiciente no puede estimar á nadie, y el amor sin estimacion ha de carecer de delicadeza y de constancia.

Doña Ana, que estaba muy prendada de él, le oye desde su reja, una noche de San Juan, decir al duque de Urbino mil defectos de ella, impugnando á don Juan, que ensalzaba con el entusiasmo del amor sus prendas y virtudes. Tambien cae en sus manos una de las cartas que don Mendo escribía á Lucrecia. Su indignacion llega á lo sumo, y le despide. Don Mendo quiere robarla de un coche en que pasaba de Alcalá á Madrid, y es herido por el Duque, enamorado tambien de doña Ana, y por don Juan, que disfrazados de cocheros, la iban sirviendo en aquel viaje.

La maledicencia y este último atentado del galan querido y la excelente conducta y los nobles sentimientos de don Juan, que se consuela de la pérdida de su amada con la idea de que seria esposa del Duque, producen en el corazon de la dama aborrecimiento declarado á don Mendo y amor verdadero á don Juan, con el cual se casa al fin. Don Mendo aspira, como en desquite, á la mano de Lucrecia; mas esta la da á un conde, primo y amigo del maldiciente, que le vende porque ama á Lucrecia, y que justifica con su conducta la imposibilidad de que encuentre quien le ame verdaderamente un hombre mal hablado.

Este es el argumento del drama. Se ve pues que hay en él una intencion moral. El castigo de la maledicencia es mucho mayor que el de la costumbre de mentir en la *Verdad sospechosa*, porque tambien lo es el delito. El mentiroso, en efecto, cuando sus mentiras no hacen daño á otro, es ridiculo; el maldiciente excita el odio y la execracion. En toda la comedia se procura hacer aborrecible este vicio; y don Mendo recibe por pena el desprecio de sus amadas, una herida y las amenazas que se le hacen en la catástrofe, si no corrige su perversa inclinacion.

En este drama hay una de aquellas situaciones difíciles, que suelen ser el exámen de los poetas cómicos. Doña Ana pasa desde ser amante de don Mendo, despreciando á don Juan, á amar á este y aborrecer al que queria y con el cual iba á casarse. Estas mutaciones son el escollo más funesto de los poetas noveles; porque es menester hacerlas sin alterar el carácter del personaje, justificar ademas la alteracion, y verificarla por grados. En semejantes ocasiones es más necesaria que nunca la regla de proporcionar los medios á los fines; porque la mudanza parecerá absurda y gratuita si no se atribuye á motivos muy poderosos. ALARCON ha tenido cuidado de exponerlos con mucha habilidad.

1.º Doña Ana es viuda y recogida; ignoraba el defecto de don Mendo; enamoróse de él por su buen talle, gala y discrecion, así como la enfadaba don Juan por su mala cara y vestido. La suya era de esas pasiones tranquilas que, sin ser delirantes, bastan para hacer feliz un matrimonio entre personas virtuosas y de razon. Pero toda su ilusion debió desaparecer cuando le oyó ofenderla en su hermosura y en su edad, que son las

cosas que más sienten las mujeres, y por añadidura en su entendimiento.

2.º Añádese á esto el aprecio que va cobrando á don Juan, por la nobleza con que, siendo desdeñado, vuelve por ella; la carta de don Mendo á Lucrecia, que revela á doña Ana toda la perversidad de su amante; y en fin, las continuas advertencias y sugestiones de su criada y confidenta Celia, favorable á don Juan por lo bien que este la trataba, y enrabada contra don Mendo desde que una noche la llamó vieja: ofensa tanto más sensible, cuanto debia ya de ser algo entrada en años, segun la libertad con que habla á su señora.

3.º Últimamente, el lance del coche acabó de mostrar lo que podia esperar de su amante; y viendo al mismo tiempo el amor generoso de don Juan, que se sacrificaba por el bien de ella, rindió su corazon, no á exterioridades, que suelen ser engañosas, sino á las prendas del alma y á la noble pasion de aquel caballero. Todo esto cabe muy bien en el carácter virtuoso y delicado de la dama.

En cuanto á los de don Mendo y don Juan, están perfectamente dibujados. Hé aquí cómo habla el maldiciente de las damas que habia querido ántes que á doña Ana.

MENDO.

A mi señora Lucrecia
Dad, Ortiz, ese papel.

ORTIZ.

Gárdeos Dios.

MENDO.

Cosa cruel,
Conde, es una mujer necia.

CONDE.

¿Cómo?

MENDO.

Con celos y amor
Sale Lucrecia de sí.

CONDE.

¿Con causa, don Mendo?

MENDO.

Si;
Mas tanto el yerro es mayor.

CONDE.

¿Qué hay de Teodora?

MENDO.

Quería
Que yo fuese su marido,
Como si hubiesen nacido
Mis abuelos en Turquía.

Paseándose la noche de San Juan con el Duque y el amante desfavorecido, da libre curso á su lengua satírica.

MENDO.

Esta es la calle Mayor.

JUAN.

Las Indias de nuestro polo.

MENDO.

Si hay Indias de empobrecer,
Yo tambien Indias la nombro.

JUAN.

Es gran tercera de gustos.

MENDO.

Y gran cosaria de tontos.

JUAN.
Aquí compran las mujeres.

MENDO.
Y nos venden á nosotros.

DUQUE.
¿Quién habita en estas casas?

JUAN.
Don Lope de Lara, un mozo
Muy rico, pero más noble.

MENDO.
Y ménos noble que tonto.

DUQUE.
Tened; que bailan allí.

JUAN.
San Juan es fiesta de todos.

MENDO.
Yo aseguro que van estos
Más alegres que devotos.

DUQUE.
¿Quién vive aquí?

JUAN.
Una viuda
Muy honrada y de buen rostro.

MENDO.
Casta es la que no es rogada:
Alegres tiene los ojos.

JUAN.
Esta imagen puso aquí
Un extranjero devoto.

MENDO.
Y entre aquestas devociones
No le sabe mal un logro.

JUAN.
Un regidor desta villa
Hizo este hospital famoso.

MENDO.
Y tambien hizo los pobres.

Quando llegan los tres paseantes á casa de doña Ana, celebrando don Juan la hermosura de esta dama, dice don Mendo, temiendo que aquel elogio inspirase al Duque deseos de verla:

Ciego sois ó yo soy ciego,
O la viuda no es tan bella.
Ella tiene el cerca feo,
Si el léjos os ha agradao;
Que yo estoy desengañado,
Porque en su casa la veo.

DUQUE.
¿Visitaisla?

MENDO.
Por pariente
Alguna vez la visito;
Que si no, fuera delito,
Segun es de impertinente.

ANA. (Ap.)
¿Ah traidor!

MENDO.
Si el labio mueve
Su mediano entendimiento,
Helado queda su aliento
Entre palabras de nieve.

Pues la edad no sufre engaños,
Aunque la tez resplandece.

Mil botes son el Jordan
Con que se remoja y lava.

DUQUE. (A Mendo.)
¿Pues cómo don Juan la alaba?

MENDO. (Al Duque.)
Para entre los dos, don Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio.

Mientras están paseándose, suenan cerca de allí cuchilladas; mas el Duque exhorta á sus amigos á seguir á unas damas que le han gustado, y Mendo dice á don Juan, motejando al Duque:

..... Es mas devoto
De mujeres que de espadas.

No puede describirse mejor el carácter del mal hablado. Pero este espíritu de sátira y murmuración se desenvuelve más en los dos actos siguientes, y se manifiesta toda la vileza y ruindad de un alma poseida del vicio de la maledicencia.

ARTÍCULO II.

La bajeza del alma de don Mendo se conoce, no tanto en los rasgos de maledicencia que notamos en nuestro artículo anterior, como en los ruines pensamientos que le sugiere el mal éxito de sus empresas amorosas. Cuando conoce que doña Ana sabe que habló mal de ella, cree que don Juan la llevó el chisme, y dice:

Ya colijo que don Juan
De Mendoza, mal mirado,
La contienda te ha contado
De la noche de San Juan;
Que conozco esas razones
Que el necio dijo de tí,
Porque yo le defendí
Tus divinas perfecciones.

..... Mas ya que estás de esa suerte
De mí, señora, ofendida,
Porque le dejé la vida
A quien se atrevió á ofenderte,
No me culpes; que él estar
El duque Urbino presente
Pudo de mi furia ardiente
El impetu refrenar.

Aquí es don Mendo no solo maldiciente, sino mentiroso tambien (1). Prosigue así:

Si por eso me privabas
De ver ese cielo hermoso,
Vuelve; que presto por mí
Cortada verás la lengua
Que en tus gracias puso mengua.

ANA.
Pues guárdate tú de tí.

MENDO.
¿Yo de mí? ¿Luego yo he sido
Quien te ofendió?

ANA.
Claro está.

¿Quién sino tú?

MENDO.
¿Cuánto va
Que ese falso fementido,
Lisonjero universal
Con capa de bien hablado,
Por adularle ha contado
Que él dijo bien y yo mal?

(1) Por eso el autor le ha dado el nombre de Mendo, abreviatura de Mendoso, mentiroso, calumniador.

ANA.
«Para entre los dos, don Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio.
Vuestro deudo es y mi amigo;
Mas esto no es murmurar.»

MENDO.
Eso dije á solas yo
Al Duque, que se admiró
De verle vituperar
Lo que yo tanto alabé.

ANA.
Dilo al revés.
MENDO.
Segun esto,
Quien contigo mal me ha puesto,
El Duque sin duda fué.
¿Aun no ha llegado á la corte,
Y ya en enredos se emplea!

Esta escena es de grande efecto. El espectador, ya interesado á favor de don Juan y contrario á don Mendo, se complace en ver que el maldiciente, incapaz de adivinar cómo supo doña Ana aquella conversacion, hace peor su causa á cada palabra que dice; y mucho más cuando le escuchaban retirados el Duque y don Juan, disfrazados de cocheros.

Mendo, despues de ser herido por los cocheros supuestos, habla del lance al Conde su primo, y le dice:

...Yo tengo una sospecha,
Que siempre estas viudas mozas,
Hipócritas y santeras,
Tienen galanes humildes
Para que nadie lo entienda.
Tal valor en un cochero
Los celos no más lo engendran;
Que nunca así por leales
Los hombres bajos se arriesgan.
Esto se viene rodado;
Que si no, no lo dijera;
Que ya sabeis que no suelo
Meterme en vidas ajenas.

CONDE. (Ap.)
Así tengas la salud.

No disgustará á nuestros lectores ver en contraste con este carácter, á la par odioso y ridículo, el de don Juan, modelo de amantes y de caballeros. Declara su amor á doña Ana con toda la ternura y la desconfianza propias de su situacion, y despues de haber concluido, dice doña Ana:

Pues, señor don Juan, adios.

JUAN.
Tened: ¿no me respondeis?
¿Desa suerte me dejais?

ANA.
¿No habeis dicho que me amais?

JUAN.
Yo lo he dicho, y vos lo veis.

ANA.
¿No decis que vuestro intento
No es pedirme que yo os quiera,
Porque atrevimiento fuera?

JUAN.
Así lo he dicho y lo siento.

ANA.
¿No decis que no teneis
Esperanzas de ablandarme?

JUAN.
Yo lo he dicho.

ANA.
Y que igualarme
En méritos no podeis,
¿Vuestra lengua no afirmó?

JUAN.
Yo lo he dicho de ese modo.

ANA.
Pues si vos lo decis todo,
¿Qué quereis que os diga yo?

Esta manera picante de despedir á un desdenado exaspera á don Juan, y exclama:

¡Oh! venga la muerte, acabe
Con vida tan desdichada,
Que solo puede su espada
Remediar pena tan grave!
¿Qué delito cometi
En quererte, ingrata, fiero?
¿Quiera Dios!... Pero no quiera;
Que te quiero más que á mí.

Quando el Duque, viendo á doña Ana, se enamoró de ella, le dice á don Juan su criado:

El Duque es muy poderoso:
Llevarála.

JUAN.
Por lo ménos,
Si vence, alivio será
Que por un duque la pierdo;
Y si no, consolaráme
Ver que lo que yo no puedo,
Tampoco ha podido un duque.

Quando ha triunfado en fin de sus dos rivales, pide con entereza celos á doña Ana de haber visto en sus manos un papel de don Mendo.

Doña Ana, ¿qué te ha obligado
A pretenderme engañar?
¿Qué te puedo yo importar,
No querido y engañado?

Mejor modo de obligar
Fuera no haberlo leído;
Que quien escucha ofendido,
Cerca está de perdonar.
¿Ajeno papel recibes
Quando mia te has nombrado?
O poco me has estimado,
O livianamente vives.
De donde he ya conocido
Que vivir me está más bien
Desdichado en tu desden,
Que en tu favor ofendido.

No citamos ejemplos de locucion, porque los ya presentados á otro propósito bastan para manifestar la correccion y pureza de lenguaje de este poeta excelente.

EL SEMEJANTE Á SÍ MISMO.

En la escena 1.^a se hallan estos dos versos :

Méjico, la celebrada
Cabeza del indio mundo...

Los favores del mundo principian con estos, ya otra vez citados, entre Garci-Ruiz y su criado Hernando :

HERNANDO.
¡Lindo lugar!

GARCÍA.
El mejor :
Todos, con él, son aldeas.

HERNANDO.
Seis años há que rodeas

Aqueste globo inferior,
Y no vi en su redondez
Hermosura tan extraña.

Harto más hermosa ciudad que Madrid era Méjico, y siendo casi patria del autor, no se comprende cómo no la alaba más, cómo no le hace la debida justicia. Acaso ALARCON vino á España de muy poca edad, tal vez sin haber estado en Méjico.

Alguna analogía tiene el asunto de *El semejante á sí mismo* con la primera parte de *El castigo del pensó-que*; pero la comedia de Tirso me parece anterior á la de ALARCON.

LA CUEVA DE SALAMANCA.

Parece comedia de estudiante y hecha para representarse en Salamanca, cuyas aulas quizá cursaría ALARCON. Los tres galanes están bien pintados: doña Clara es una linda figura; la última escena del primer

acto es muy afectuosa; al principio del segundo hay una graciosa pintura de las mujeres en la cazuela del teatro. Mucha soltura en la versificación, y poco escrúpulo respecto á costumbres: comedia de magia.

MUDARSE POR MEJORARSE.

Comedia lindísima, bien ideada, bien dialogada, muy bien escrita. No trazó ALARCON en todo su teatro un carácter de dama jóven con tanta gracia, fresca y despejo decente, como el de Leonor. En doña Clara representó una señora de más edad, pero amable todavía, y es también hermosa figura. Don García y el Marqués

ocupan su lugar, y aun don Félix no está del todo mal colocado; Redondo mejor. El medio de que se valen García y Leonor para hablarse delante de testigos es muy preferible, y sobre todo mucho más verosímil que el que emplean para igual efecto la dama y galán de *El secreto á voces*.

TODO ES VENTURA.

Abominable acción es la de Belisa en la escena 13 del acto 3.^o, cuando por vengar sus celos pone casi á Leonor en los brazos del Duque para que la deshonre; y sobre lo feo del hecho, las circunstancias y palabras que le acompañan le hacen aun más repugnante. Las señas de Celia al Duque, el apretón de mano de Belisa, su fingido desmayo, el golpe que la vil criada finge recibir en los ojos, y las expresiones, *por Dios, que habeis de beber la purga*, son de lo más inicuo que

puede verse, por más que la escena esté bien hablada. Fuera de esto, la comedia tiene gran mérito en el pensamiento y en la ejecución: se empeña la suerte en favorecer á Tello, y le hace ser, no solo amado de una dama ilustre, pues esto al cabo se lo merece, sino hasta buen jinete y diestro caballero en plaza sin haber montado en su vida. La escena 11 del acto 3.^o es un trozo de versificación dramática admirable.

EL DESDICHADO EN FINGIR.

Admirable es también en lo general la versificación de *El desdichado en fingir*, ingeniosísima la trama y vivo el interés; la parte de costumbres es reprehensible, porque hay personajes viciosos en que el vicio no aparece de modo que repugne; parece una comedia de Tirso por la travesura, brio y completa falta de escrúpulo moral.

Al fin, sobre mi palabra
Me dió lo que llaman ellas
Su honor, y lo que solemos
Llamar la flor los poetas.

TRISTAN.
¿Teneis aliñada cama
Al cansado cuerpo mio?

INES.
Una os tengo acomodada.

TRISTAN.
Si es la vuestra, sí será.

Esto y otras cosas del mismo y otros géneros no las pudo escribir ALARCON sino siendo muy jóven, á fines del siglo xv ó principios del siguiente, en que Lope tenía aun licencia para tales libertades.

QUIÉN ENGAÑA MÁS Á QUIÉN.

DEL SEÑOR DON MANUEL BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

Ya hemos dicho anteriormente que en casi todas sus comedias se propuso RUIZ DE ALARCON un fin moral, cuando la mayor parte de sus contemporáneos cuidaban solo de divertir é interesar á los espectadores, sin pretender instruirlos. Aun en las comedias puramente de intriga, como la presente, se advierte siempre aquella intención dramática, y muchas veces la manifiesta al fin de la comedia. Así concluye esta :

ENRIQUE.
Este ejemplo, en que he mostrado
Que aunque el engaño mejor
Es dar con el mismo engaño,
Quien más engañare, al fin
Quedará más engañado.

Prescindiendo de este mérito, que es muy esencial en un poeta cómico, tiene además esta pieza el del plan, que está bien concebido y ordenado, y el de la acción, que camina á su fin sin embarazo alguno, á pesar de la complicación de intereses en los personajes, que producen situaciones variadas y agradables. Don Diego y doña Elena son los principales, y cautivan la atención desde

la 1.^a escena, en que aquel se muestra cobarde por la competencia del Duque, y Elena le anima con reflexiones y ejemplos para que deseche el temor.

El interés que inspiran desde luego los dos amantes crece después rápidamente, cuando Enrique, apoderándose del billete que Elena dirige á don Diego, se introduce en su casa fingiendo ser su hermano. Las escenas 1.^a y siguientes del 2.^o acto aumentan los obstáculos, y ponen á los dos amantes en la situación más apurada. Elena no conocía á su hermano, y juzga, engañada, que lo es ciertamente don Enrique, hasta que se manifiesta en la escena 10, que es una de las mejores de esta comedia. Entonces forma el proyecto de libertar á don Diego del hospital de locos, en donde le había encerrado la rivalidad del Duque, y el compromiso de don Enrique con Lucrecia facilita la ejecución de sus deseos, y prepara el desenlace, que es muy ingenioso y nada deja que desear al espectador.

No hablaremos del lenguaje y versificación, porque tienen la misma propiedad y elegancia que ya hemos manifestado en el exámen de otras piezas de este poeta.

La comedia principia así :

DON DIEGO.
Yo vine, Elena querida,
A Milan á pretender;
No á competir, no á perder
Por temerario la vida.
El Duque sé que conquista
Con poder y amor tus prendas:
No sé cómo te defiendas
Ni cómo yo le resista;
Que en la gran desigualdad
De su estado y mi ventura,
La confianza es locura,
Y el valor temeridad.

DOÑA ELENA.
A quien de veras desea,
Y á quien estima el favor,
No deja vista el amor

Con que los peligros vea;
Y si acusan la osadía
Pensamientos castigados,
Atrevimientos logrados
Condenan la cobardía.
Gíges, humilde villano,
Pretendió y gozó atrevido
La corona del rey Lido
Y de la Reina la mano;
Viriato fué un pastor,
Tolomeo fué un soldado,
Y uno y otro por osado
Se coronó emperador.
Venció animoso Teseo
La voraz biforme fiera,
Para que Ariadna fuera
De su vitoria trofeo.
El tracio músico amante
Con el canto lisonjero
Candados rompió de acero,